

Y de nadie más. —J.

Si lo encuentras, no lo abras antes del trueno.

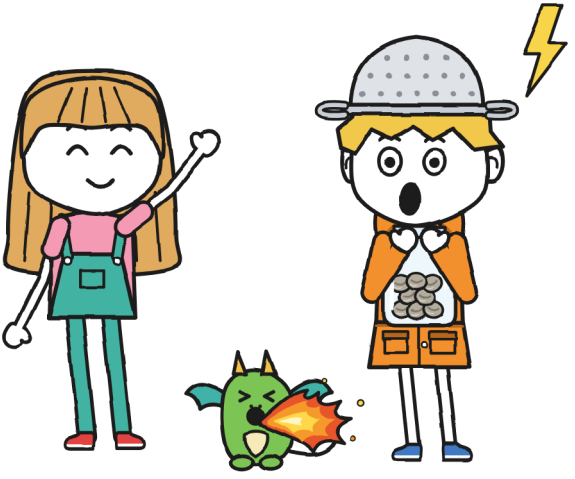


Este sello marca lo que solo pasa en el cuento: tú no lo hagas. Si dura varias páginas, pone DESDE AQUÍ y HASTA AQUÍ. Con tormenta de verdad, manda la última página. —J.

ENTREGAS IMPOSIBLES · 2

No abrir antes del trueno

Lui Eriksson



TALLA XL · Novela ilustrada · 13+

ENTREGAS IMPOSIBLES · 2

No abrir antes del trueno

Segundo libro de la serie. El primero: «Este paquete muerde».

Texto e ilustraciones: Lui Eriksson

TALLA XL · Novela ilustrada · 13+

Primera edición: 2026

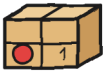
© 2026 Lui Eriksson · info@linguaula.com

Fotocopiable libremente, para clase y para casa.

Tipografías: Andika, Patrick Hand, Caveat y Courier Prime (licencia SIL OFL).

Trabaja cada capítulo en
linguaula.com

Ningún trueno resultó herido durante la escritura de este libro. —J.



CAPÍTULO 1

Cazador de tormentas

En la tienda de enfrente hay un paquete que tiembla.

El sábado pasado se movió una sola vez. Desde entonces no ha parado: un temblor fino y seguido, como el de un perro pequeño en la sala de espera del veterinario. Lleva así siete días. Cada día, un poco más.

Y yo tengo cuaderno nuevo.

El cuaderno 1 se me acabó. Mara, la dueña de Entregas Imposibles, me dio este: tapa azul y el sello rojo de la tienda en una esquina. En la primera página puse el título, con una palabra nueva:

CUADERNO DE REPARTO 2 · de Guni. OFICIAL.

«Oficial» significa que lo leo yo primero. Oficialmente. —].

Mara dice que los cuadernos oficiales no se pintan. Ya veremos: este ya lleva un dibujo.

Lo que hay que saber del otro cuaderno: hace dos sábados, Julita (la de las notas verdes) y yo entregamos, de noche, por una pasarela y sin ningún adulto, un huevo que nadie había podido entregar en años. Ahora es Miga, una cría de dragón que me copia todo. Mara, la bruja de la tienda, nos castigó: todos los sábados allí, a las diez. Yo soy el nuevo del barrio, y casi todo lo mío sigue en cajas.

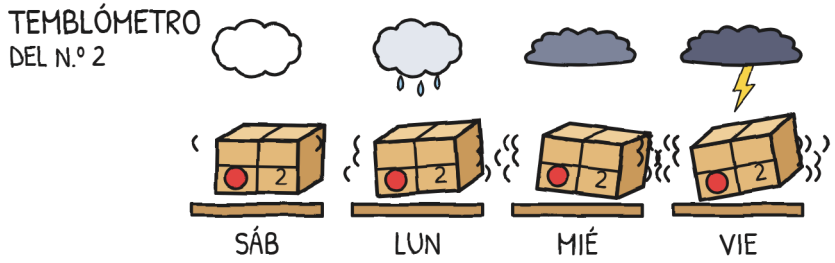
El que tiembla es el n.º 2. Está en la estantería de los devueltos y tiene una etiqueta que me sé de memoria: la he leído todas las tardes de esta semana, de pie y sin tocarla, mientras Mara hacía como que no me veía:

- N.º 2 · FRÁGIL.
- DESTINO: Flora, calle del Canal, 9.
- INSTRUCCIONES: NO ABRIR ANTES DEL TRUENO.
- REMITENTE: R.

Alrededor, veintitrés sellos de DEVUELTO. Los conté dos veces, por si alguno se hubiera caído.

Un devuelto es un paquete que nadie ha podido entregar: si quien lo recibe no lo firma con tinta que no se borra, al amanecer vuelve volando a su estantería, en fila, como los patos. Quedan diecinueve: lo pone en la pared, en verde, con letra de Julita, y lo que Julita escribe en verde no se borra. Los manda todos la misma persona, R., de quien solo se sabe que tiene muy mala letra.

Cada tarde apuntaba cuánto temblaba y qué tiempo hacía: así salió el TEMBLÓMETRO DEL N.º 2. El viernes, la nube llevaba un rayo dentro.



No tiembla de miedo: tiembla porque viene una tormenta. El sábado, a las seis de la tarde. Lo he mirado seis veces en el parte del tiempo. —J.

Leí la nota dos veces. La segunda, solo la parte de las seis.



El sábado, a las diez, Mara —sombrero morado, sello que suelta chispas con olor a vela apagada— nos esperaba detrás del mostrador con el n.º 2 en las manos. No en la estantería: en las manos. Junto al sello seguía la rana de goma, mía desde que dejó de ser de nadie. Y Toño, el repartidor de RAYO, estaba de pie, con el casco puesto: los sábados también son su castigo, y Toño cumple los castigos como reparte, puntual y sin quitarse nada.

—Veintitrés veces lo he llevado yo —dijo Mara—. Y ninguna con tormenta.

Mara repasó la etiqueta con el pulgar. Miré el escaparate, cada vez más gris: el viaje de hoy no iba a ser igual.

—Este —anunció Mara— lo vais a entregar vosotros. Esta tarde.

Julita dio un salto que casi tocó el cartel de QUEDAN 19, y al caer ya estaba hablando. Yo no salté: me quedé con dos palabras, «esta tarde», y con una hora, las seis, que me pesaban más que el paquete.



Mara puso tres condiciones, y las contó con los dedos:

1. Salís a las cinco, antes de que llegue la tormenta, y os quedáis en casa de Flora hasta que pase.
2. Vuestras familias ya lo saben, y Flora también.
3. La regla es la de la etiqueta: no se abre antes del trueno. Y tiene que ser el de encima: los de lejos no valen.

Reconocí el truco: eran casi las normas de la bronca de Vera, la dueña de Miga, pero dichas antes y no después. Mara no estuvo en la bronca y se enteró igual: en este barrio las broncas llegan antes que los paquetes.

—¿Y tú no vienes? —preguntó Julita.

—Yo tengo cosas que hacer aquí —contestó Mara, y miró por el escaparate el cielo, que se estaba poniendo gris.

Al final del mostrador había una manta doblada, unas orejeras de esquiar y un cazo. Lo vi todo. Me quedé mirando el paquete.

Entonces Julita me miró a mí.

—¿A ti te gustan las tormentas?

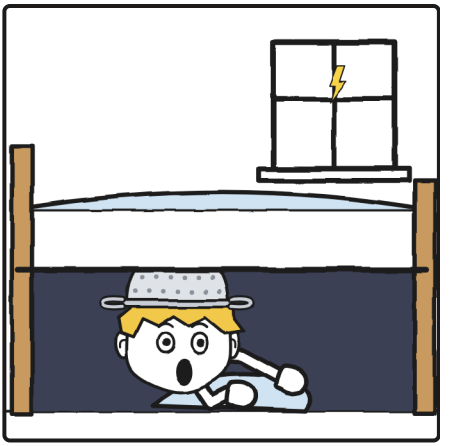
Lo preguntó mirándome de frente. Yo podría haber dicho la verdad. Dije esto:

—Me encantan. En mi antiguo barrio era cazador de tormentas profesional.

En el otro cuaderno, una mentira tardó un día y una noche en volver. En este decidí ahorrarle camino: dibujé la mentira esa misma mañana y, en la viñeta de al lado, la verdad.

El colador era el de la cocina, de acero, con dos asas. No paraba los rayos. A mí me ayudaba tener algo encima. Ahora estaba en alguna caja de la mudanza, junto a las tijeras que mi madre llevaba una semana buscando.





Julita me enseñó a contar una tormenta, en mi cuaderno, sin pedir permiso y en verde.

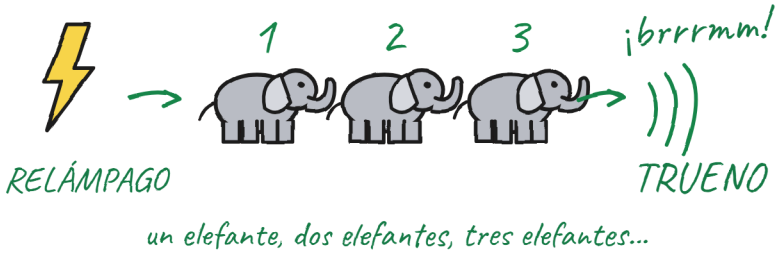
Se cuenta desde el relámpago hasta el trueno, en elefantes: «un elefante» dura un segundo, más o menos, y cada tres son un kilómetro. Así se sabe, más o menos, a qué distancia ha caído ese rayo; dónde caerá el siguiente, no. Lo que la cuenta tampoco dice es cuándo se puede salir, y eso, según Julita, es otra regla, sin dibujo: media hora después del último trueno.

Lo probé por lo bajo y me salieron elefantes rapidísimos, de los que no sirven. Yo no necesitaba contar nada, porque a mí me encantan las tormentas, pero lo apunté, por si acaso.

Toño leyó la etiqueta por encima de mi hombro, como lee todo lo que no es suyo.

—RAYO no reparte con tormenta —dijo, y nos enseñó la letra pequeña de su mochila amarilla: ENVÍOS RAYO · EN DIEZ

MINUTOS O GRATIS y, con la lupa de Julita, un asterisco: *Salvo tormenta.



—Todavía no hay tormenta —dijo Julita.

Toño repasó la letra pequeña por si decía algo de «todavía». No decía nada.

Así que Toño vino con nosotros. Cuenta los elefantes de un golpe, «¡unodostrés!», como si fueran un reparto. Según Toño, todas las tormentas están a un kilómetro. No sé si es valentía o falta de elefantes.

A las cinco crucé a mi casa a por el chubasquero; Julita me esperó en el portal. Mi madre me esperaba en la puerta del piso con el chubasquero colgando de la mano. Tiene una teoría sobre el naranja: que se ve de lejos. Nunca he sabido desde dónde piensa mirar.

—Ponte el naranja —dijo—. ¿Seguro que quieres ir? Si tú, cuando truena...

—¡ADIÓS, MAMÁ!

Bajé las escaleras de dos en dos. Había calculado que, con el eco del portal, media frase de mi madre se perdería por el camino. No se perdió. Julita estaba abajo.

«Si tú, cuando truena...» ¿QUÉ? —].

Cruzamos el Puente Mayor con el cielo cada vez más negro. De noche lo levantan para que pasen los barcos; de día lo cruza todo el mundo, y a esa hora solo lo cruzábamos nosotros y un señor con prisa en dirección contraria, que es la buena cuando viene tormenta. Yo llevaba el n.º 2 con las dos manos, muy recto. Toño empujaba la bici: es lo más despacio que he visto ir a RAYO sin estar perdido.

Al pasar por el medio, Julita le hizo al agua su saludo seco, con la mano, corto, sin sonreír, como a alguien que le cae mal. Lo hace desde la noche de la pasarela. Creo que es el trato: ella saluda y el agua la deja pasar.



Muy lejos, se encendió el cielo.

Fue un parpadeo detrás de las nubes, sin ruido, como cuando alguien enciende y apaga la luz de una habitación en la que no estás. Julita se paró en seco y contó elefantes en voz baja, con los ojos cerrados. Contó treinta antes de oír nada. Yo conté con ella, por dentro, con mis elefantes rapidísimos, y me salieron cuarenta y dos.

Brrrmm.

—Unos diez kilómetros hasta ese rayo —calculó—. El parte anuncia la tormenta para las seis.

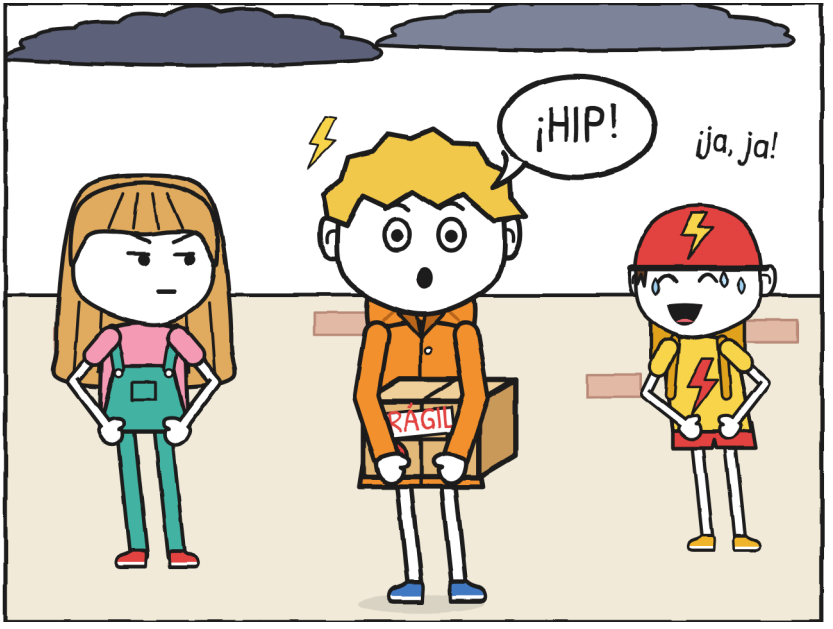
—¡Ha tronado! —exclamó Toño—. ¿Ya se puede abrir?

—Para abrir el paquete, ese no cuenta —dijo Julita, sin abrir los ojos—. Está a diez kilómetros; el de la etiqueta es el de encima: cero elefantes. Pero ya se oye: ¡a cubierto! ¡Corred!

Corrí hasta la calle del Canal, haciendo como que no había oído nada. Ni el brrrmm ni lo de las seis.

—¿Eso ha sido un hip? —preguntó Julita, sin aflojar el paso.

—No —dije—. ¡Hip!



Toño se dobló sobre el manillar y se rio tanto que la bici se le fue hacia un lado. Julita no se rio. Entornó los ojos, como cuando lee algo que no está escrito.

Un trueno, un hip: me pasa desde pequeño. Si la tormenta está lejos, se queda en uno; si está encima, viene otro, y otro, cada tres segundos, hasta que se va. No es miedo. Es una cosa que hace mi cuerpo sin consultarme, como crecer o estornudar, y, como crecer, no se para poniendo cara de nada. Lo sé porque lo he intentado con todas las caras.

Se llama miedo. —J.

En la calle del Canal, Vera, la del pelo rojo, ya nos esperaba en la puerta de la Casa de los Dragones, pegada a la de Flora, con Miga en brazos. Miga, en cuanto me vio, puso mi cara: lo hace siempre, me mira un segundo, comprueba qué cara llevo y se la pone.

Dejé el n.º 2 en la cesta de la bici de Toño y abrí los brazos.

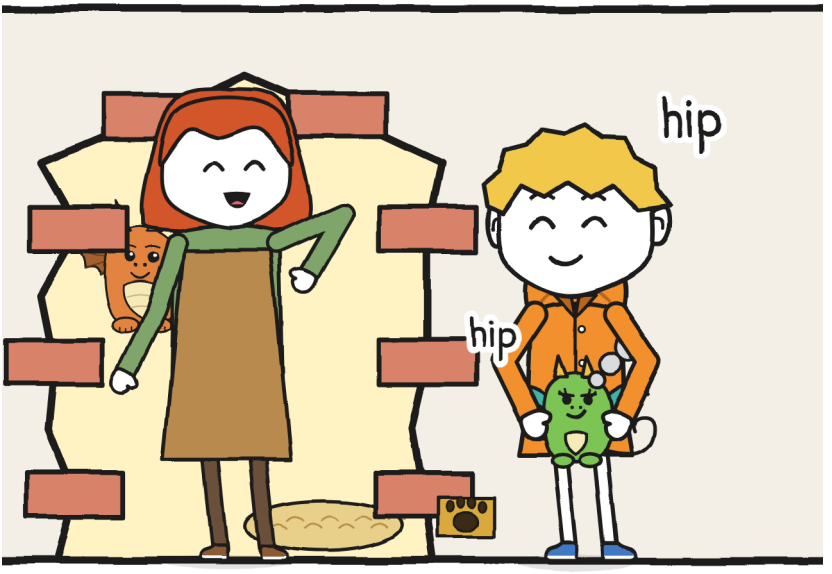
—Es su primera tormenta —dijo Vera, y me la dejó en ellos—. Te copia todo, Guni. También lo que sientes. Y si se asusta, no tires de ella: se agarra. Cuando pase, tres golpes en la tapia del patio de Flora y voy a por ella.

—Yo no siento nada —respondí—. A mí me encantan las tormentas.

Lo dije sacando pecho, y Miga, en mis brazos, sacó pecho igual, con el cuello estirado: la viva imagen de alguien a quien le encantan las tormentas, en dos tamaños. Vera nos miró a los dos, uno encima del otro con la misma cara, y no dijo nada. Vera se guarda las cosas para cuando hacen falta.

Lejos, tronó. Yo hice hip. Miga hizo hip, y le salió humo por la nariz.

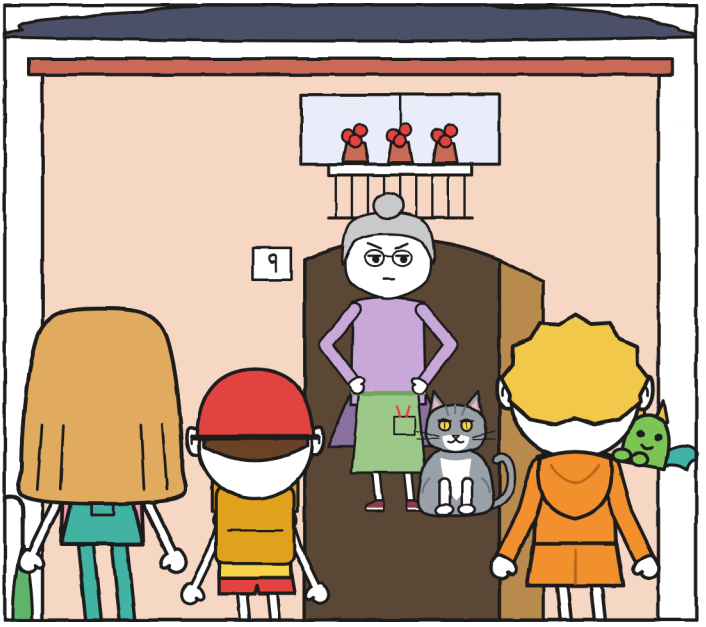
—Adentro, ya —cortó Vera, y nos empujó hacia la puerta de Flora.



La casa de Flora es la de los geranios, los del balcón desde el que una señora nos miró hace dos sábados, con la regadera en el aire.

Abrió la puerta antes de que llamáramos: una señora de moño gris y gafas, con un delantal verde de jardinera lleno de bolsillos y, entre los pies, un gato gris con el pecho blanco que nos miró como a un paquete que no era para él. Ella miró la caja. Miró el

cielo. Miró a Miga. En ese orden, y a cada cosa le dedicó el mismo tiempo, que fue poco.



—La cría de Vera. Que no me chamusque los helechos —dijo—. Pasad, que viene agua. Pero os aviso: yo no firmo piedras.

UNA HISTORIA, SEIS TALLAS

Este libro existe en seis tallas, de 3 a 16 años, y en más de 20 lenguas. XXS, XS, S, M y L cuentan la historia página a página, con los mismos dibujos y cada vez más matices. La XL es la novela: la misma historia, con sitio para todo lo que Guni piensa y no dice.

Niveles del MCER orientativos: XXS, pre-A1 · XS, A1 · S, A2 · M, B1 · L, B2 · XL, B2–C1.

Cada uno en su talla. Misma tormenta. —J.

PARA FAMILIAS Y DOCENTES

Trabaja cada capítulo en linguaula.com (con las actividades de la talla L)